

PULSO

REVISTA DE ARTE DE AHORA

número **dos**

Primer banquete de PULSO

Triplicada importancia revistió el banquete servido el jueves 2 del corriente en el restorán "Tegernsee", era el primero que organizaba PULSO, documentábase el afecto que se siente en Buenos Aires por Gerardo Ibero, y la humilde suma de noventa centavos era el precio del cubierto. El éxito más halagador fue la corona de esas tres circunstancias. Asistió una concurrencia tan numerosa como no se vio igual en otros banquetes de jóvenes. Y tan selecta que bastó decir que no se advirtió la ausencia de ninguna persona y, sobre en el panorama de las letras argentinas moderna, ya decir de ningún escritor que se halla en el "exilium", como ahora se dice. La única persona que faltó fue Alfonso Reyes, pero eso estuvo una mala coincidencia a causa de haberse visto a última hora, preso entre las pampinas de la diplomacia, tuvo que apartar una comida con el señor Cabrerá, ministro de Relaciones Exteriores. Las señoras y cuatro personas que asistieron a nuestra fiesta le culpadercieron seis y cuatro veces.

En un ambiente animado por el júbilo transcrito la comida, hasta que, a la hora de no servirse el champagne, nuestro compañero Leopoldo Marschal dijo un discurso con dos minutos de palabras, pero elocuente y seguro, en decir en uno tono ascetado y recto que está definiendo al traspasar de los días. Acto seguido, don Scalabrini Ortiz, representando al "Comité de Literatura y Corrientes", ajente de Buenos Aires, pese de los rumbos de nuestra ciudad, leyó el trabajo que publicamos en el cuerpo de la revista. Después agradeció Fernando, ante el pedido clamoroso e insistente de los comensales para que los dirigiera la palabra, dijo: "No estaba preparado para este honorario pedida. Pero felizmente mi improvisación la tiene Scalabrini Ortiz, yo solo retengo tres borradores completos de ella. En el momento abultado de las improvisaciones breves y rápidas de preparar, cuando para hacer un borrador, Scalabrini hizo entonces el siguiente brindis de Macgregor:

En tan poco le que tengo que decir, señores, que tengo que tomar mucho tiempo el encontrar en un brinco tan estrecho un pasadizo donde situar el fin. Si la nerviosidad de una improvisación (sacada del baguillo) y la brevedad que se me imposibilitaran hallar un lugar de final en mitad o otro punto de ella, será con gran pena que me verá continuándolo indefinidamente y hostierrando para mí eternamente el roce de los aptanes que tan espontánea se reserva para la conclusión, si la concurrencia no ha concluido antes, sin embargo, pongo a disposición de las personas que deseen conocerla cierta a esta oración los borradores terminados de ella. Y todo lo que termina es breve, como averiguó Shakespeare.

Considero casi irrespetuosas las improvisaciones no maduradas, el decir lo que se nos ocurre en el momento. Al contrario, estimo como un encomio que se note y se declare lo muy estudiado de mis improvisaciones subitáneas.

Efectivamente, no me hallé preparado para el presente benévolo pedido de la concurrencia. Pero tengo una disculpa: Hidalgo, que mediante un precio de cubierto que no empieza, que no llega a la unidad, ha conseguido una demostración que no termina, favorecido su propósito por las simpatías que se atrae el obsequiado, me encomendó una tarea fatigosa y de responsabilidad: ante el precio de cubierto ideado por él, le dije:

—Y si a la concurrencia se le ocurriera comer?

—Nunca se ha visto eso en banquetes.

—¿Estará prohibido?

—No, pero no aconfecherà.

Por eso me encargó hacer una lista cual esas que suelen publicar los diarios con el título ¿Dónde comeré esta noche?

La he hecho, y a la terminación de esta comida os diré donde podemos comer; cuando volvéis a casa y decís que retornáis de un banquete, os sirven enseñada la cena, ¿no es verdad?

Poeta que nos visitáis, Gerardo Diego:

Una palabra de amenidad y compañerismo es lo que el momento consiente. Os habéis ganado una fortuna de simpatías aunque no habéis venido a hacer fortuna, por vuestra actitud sensible, modesta y de vivaz observación, no impertina, de nuestro ser nacional.

Aceptad con certeza de afecto y de apreciación de vuestros talentos la sinceridad de esta demostración. Sería indiscreto de mi parte intentar un encomio y examen de aquellos. La salutación a un visitante que se hace querer es todo el significado de lo momentáneo actual. He dicho.

Diego agradeció luego el homenaje con cálida palabra de castellano, a sea penetrándose del íntimo sentido de la fiesta, porque el castellano es así—como un catador de vinos,—ducho en captar los matices más sensibles de la emoción y de la amistad. Luego leyó los versos que van a continuación, a los que siguieron otros de nuestro Amado Villar, pronunciados con su voz enroscada de gran señor feudal.

A LOS MUCHACHOS DE BUENOS AIRES

Vedme aquí cordialmente en vuestra casa bien preso entre los círculos de los abrazos nuevos que por multiplicados y lentos y apesoresos, enroscados se entienda suavemente.

PULSO

REVISTA DEL ARTE DE AHORA

DIRECCION | MEXICO 1416
REDACCION | U. T. 38 - Mayo 3461
ADMINISTRACION | BUENOS AIRES

AÑO 1
Núm. 2

AGOSTO 1928

Editor: Sociedad de Publicaciones EL INCA

Alberto Hidalgo

Ensayo de Escribir Distinto

Capítulo Primero del Libro en Preparación "Tratado de Poética"

Pocos, casi ningún escritor de ahora ni de nunca, tienen, ni han tenido la preocupación de "escribir". Escribir era, es un pretexto para pensar, para imaginar, para cualquier cosa, menos para escribir. Como hay el arte por el arte, ha de haber el escribir por escribir. No ha de importar el decir esto o aquello, ni el producir tal emoción o el suscitar tal ambiente. El escritor debe apenas escribir, o sea, disponer las palabras en la cuartilla en tal o cual forma, como un jugador sus cartas.

Sostengo que en el fondo no puede achacarse a los escritores mismos este yerro. La palabra es un elemento mudo de expresión, mudo en el sentido atónico, sin sonido, amusical. La ciencia está en la obligación de inventar un procedimiento que permita transmitir esa expresión sin la ayuda de recursos aliterarios, como por ejemplo el ritmo, que no es sino una circunstancia contingente del lenguaje.

El hombre primitivo, de inteligencia rudimentaria, casi nula, de poca y torpe sensibilidad, para comunicar sus primeras ideas — movimientos reflejos de sus necesidades físicas, — tuvo que valerse del idioma de la animalidad: la música. Quiero significar que hizo un ruido, pues lo que entendemos por música, la música actual, la música de siempre, es en fin de cuentas un ruido civilizado, una serie de ruidos sujetos a una po-

bre ley de armonía. Así nació la primera palabra. Así nacieron las lenguas. La humanidad continúa, sin abrir juicio sobre el caso, expresándose así. Mas hay que revisar su actitud, porque ella, a más de acusar cierta molición por la investigación, está perpetuando una impúdica errata.

La palabra se produce conjuntamente con el ruido que nosotros, observadores de primera vista, tomamos por la palabra en sí. Pero la palabra es otra. Si careciéramos del sentido del oído — no si fuéramos sordos, sino el hombre fuera negado para la percepción de todo sonido — la palabra subsistiría tal cual es y continuaríamos comunicándonos exactamente como ahora lo hacemos, sin dificultad ni molestias. Vengo a decir con esto que el ojo para la palabra escrita y la oreja para la palabra oral, son órganos de penetración, no de captación, del lenguaje. Creemos que éste entra por los oídos — aún de la escritura lo creemos, pues cuando vemos una palabra, transformamos la visión en valor auditivo — a causa de nuestra esclavitud sensorial: estamos ligados al oído por una amistad de siglos; es cosa de costumbre. Y no. Poseemos un sentido totalmente desconocido, que la ciencia no ha descubierto debido a la inopia de sus procedimientos y a la diminuta imaginación de los que la ejercen. Ese sentido es el de la captación del lenguaje. Su única función es esa. Pues siendo el

lenguaje el atributo máximo del ente, siendo casi el ente mismo, ¿cómo éste iba sólo a disponer para su transmisión y recepción de un sentido general como el oído, un sentido que necesariamente había de ser entorpecido por la disciplina de la música, ese arte común a hombres, bestias y cosas?

La música es el idioma de la naturaleza, o sea de lo salvaje, mientras la palabra lo es de la inteligencia, y, con eso, de la civilización. El ladrido, el rebuzno, el ruido del bosque, del río, etc.—todo eso es música, — son la expresión, son la voz del perro, del asno, del bosque y del río, su medio más concreto de comunicación. De tal suerte, el oído está en el hombre para atender esas voces, sólo esas voces, no las palabras de sus semejantes, para recibir el mensaje de los animales y la naturaleza, del mismo modo que su garganta está en él para transmitirles el suyo, y no para dar salida a su propia expresión. Por eso, en el bosque, en el desierto, ante el abismo, en la soledad de la noche, sale de pronto, del fondo de nosotros, un grito, un sólo grito. Con él anunciamos a la naturaleza la seguridad de nuestra presencia.

La voz y la palabra son cosas distintas, desde luego separables y muy probablemente antagónicas. La oratoria es una plena semiprueba de esto último. Muy pocos oradores han conseguido hablar; la mayoría da voces.

La palabra, la expresión más elocuente de que se dispone, no necesita de agentes externos — garganta u oído — para salir o entrar. La palabra se la pronuncia ni en voz alta ni en voz baja, ni siquiera en silencio. Silencio, música en reposo. La palabra se la pronuncia sin voz. Ejemplo. Yo estoy hablando con un amigo, mejor, estoy dando una conferencia ante un público cualquiera. Mi garganta no emite ningún ruido, ni mis

labios hacen ningún movimiento, ni mis manos, ni nada de mi cuerpo proyectan signos, señas, etc. Y el público, no obstante, está sintiendo que mi pensamiento lo penetra todo como un fluido, convocando en él una emoción A o B, de simpatía o rechazo, de comunión o discordia con mis ideas. Es que yo no he cesado de hablar, es que mis palabras han ido saliendo de mí, como sabemos que corre el tiempo, sin que podamos decir que lo oímos o vemos.

Un día u otro, tarde o temprano, se verá cuán verdad es todo esto.

En cuanto a la palabra escrita, es lo mismo. Esta está formada de letras, meros signos convencionales de difusión. En la actualidad tienen un valor asociativo, pero un día no lo tendrán. A la letra, a la sílaba, a la palabra, les hemos adjudicado un sonido particular, que no por eso deja de ser postizo. Suponemos que *c* suena distinto de *j*, *m*o de *trans* y *baúl* de *pasión*; pero es un capricho como otro cualquiera. En esencia no suenan igual ni distinto; simplemente no suenan.

Va a llegar época en que escribir bien será escribir sin ninguna sonoridad, sin ritmo. Para entonces, ya lo he dicho, la ciencia habrá inventado un procedimiento adecuado a la transmisión pura del lenguaje. Confiemos en ello.

Entre tanto, ahora, con los míseros recursos de que disponemos, debemos considerar tanto más importante a un escritor cuánto más preocupado le veamos por dar a la palabra su noble e íntima significación, desposeyéndola de todo aditamento musical, trabando la frase, acuñando entre giro y giro una palabra inesperada, explosionante, que desarmonice el conjunto, que caiga en el corazón del ritmo como una bomba de dinamita, y lo destroce.

PULSO prepara un homenaje al gran escritor argentino Macedonio Fernández •••••

B. Canal Feijóo

“ S H I G O ”

A ese muchacho,
a ese que hace pasar a nado los caballos el Río:
yo lo veo de pie en la obscura barranca,
almagre, tenso,
recortado sobre la celeste bandera del Río,
que le flamea y le respira adelante
heroismos sin mancha.

Ahí está,
desnudo y duro, con su sexo
que centra y entreceja su cuerpo
de una tranquila voluntad,
cuando ya un miedo estridente palmea en las ancas
de sus cuatro caballos,
y les hace apretar las colas,

Y ahora ya está allá,
adonde es hembra el vértigo fuyente
y los remolinos efunden
besos descarozadores
en medio de su antiguo vals...

Huí, jú, jú, júuu!...
(Vértigo-revoleo de honda,
dispara, piedra o pájaro.
el alarido que empenacha triunfo
o bisela relámpago de júbilo,
en el sesgo afanoso que frustra
la deriva fatal).

Huí, jú, jú, júuu!...
(El alarido empareja un instante
los cuatro caballos,
y entonces,
es la antigua cuadriga
cuyo carro se ha anegado del todo en el tiempo,
y sólo flotan ahora
la cabeza y el brazo del hombre.

—Huí, jú, jú, júuu!...
y las largas cabezas en los cuatro caballos,
agudas de ir bebiéndose
el mar de sus angustias...)

La otra orilla se ha adelantado hacia el grupo
y alza espalda limpia de pedestal para él.

Leopoldo Marechal

Recrimino a De Torre.-Ensalzo a Macedonio Nombro, de Paso, a Scalabrini Ortiz

Guillermo De Torre, súbdito español radicado en Buenos Aires, tiene la costumbre de escribir sobre literatura argentina en un boletín bibliográfico que se llama "La Gaceta Literaria". Sabe él que a nuestros muchachos se les da un ardite de la Gaceta, ya que todos, a pesar de las frecuentes solicitudes recibidas, se han negado tácitamente a colaborar en ese árido catálogo de las librerías españolas; con todo, el De Torre insiste en su correspondencia literaria, género que le es familiar y con el cual ha enriquecido al erario español, gracias al enorme consumo de sellos postales que hacía en un tiempo. Decíamos que De Torre insiste en sus correspondencias dirigidas a "La Gaceta Literaria", y no se lo reprochamos, por tratarse de una afición tan inocente como la de la filatelia o la del ta-te-ti. De pronto, observamos que tales gacetillas presentan una visible unidad de propósito: figuras literarias, no tan gloriosas como influyentes, son exaltadas en ellas; los adjetivos relucen como duros españoles y se transforman, en virtud de una química harto conocida, en posibilidades no menos lucientes que los adjetivos. Tampoco se lo reprochamos: el procedimiento es habitual en Europa, continente de vida difícil; aquí nos produce cierta grima, pero téngase en cuenta que somos un pueblo semicivilizado, un pueblo sin tradición, un pueblo, en fin, que no ha "captado los módulos".

Más he ahí que, entre los adjetivos bien peinados y la jerga pintoresca de Guillermo, encontramos estas palabras con las que pretende definir a Don Macedonio Fernández: es "hombre ya proveyecto, tipo de escritor semigenial frustrado, cuyas actitudes han ejer-

cido una difusa influencia sobre escritores de la nueva generación".

Esto es lo que no le perdonamos a De Torre: yo le acuso de ligereza, falta de respeto e incapacidad de juicio.

Guillermo De Torre no está autorizado para juzgar a nadie: hasta el presente, su obra es un mero trabajo de catalogación; a él no le interesa lo que un escritor pueda sentir o expresar: quiere catalogarlo a todo trance, ubicarlo en el casillero que le corresponde; una vez que ha determinado si el escritor es ultraista, creacionista o dadaista, Guillermo apaga la luz y duerme tranquilo... De Torre tiene un talento de "vidrierista": su libro más importante, "Literaturas Europeas de Vanguardia", es un escaparate donde expone mercaderías que no son suyas, pero con cierto gusto de tendero; además, recuérdese el título general con que aparecen sus correspondencias en "La Gaceta": "Escaparate de la literatura... etc. etc."

Veamos ahora por qué ha incurrido en delito de ligereza, calificando a Macedonio Fernández de tipo semigenial "frustrado". Ha cometido pecado de ligereza porque, aunque no ignoraba su próxima aparición, desconocía totalmente el libro de Macedonio, según me lo confesó el domingo 22 de julio, a las 3 horas del día, frente al chanchito de La Colorada. (Scalabrini Ortiz no pudo oírlo, porque se dedicaba a ciertos movimientos coreográficos que le son propios cuando cala tres whiskys y uno más).

Ahora, sin entrar a considerar si Macedonio es genio, no genio, o semigenio — que tal trabajo corresponde a la posteridad, porque Macedonio ha dicho la palabra que aman las posteridades — demostraré la injusticia

Alfonso Reyes

TRÓPICO

La veclndad del mar queda abolida:
basta saber que nos guardan las espaldas;
pues hay una ventana inmensa y verde
por donde echarse a nado.

No es Cuba, donde el mar disuelve el alma.
No es Cuba — que nunca vió Gauguin,
que nunca vió Picasso —
donde negros vestidos de amarillo y de verde
rondan el malecón, entre dos luces,
y los ojos vencidos
no disimulan ya los pensamientos.

No es Cuba — la que nunca oyó Strawinsky
concertar sonos de marimbas y güiros
en el entierro de Papá Montero,
ráfíligo de bastón y canalla rumbero.

No es Cuba — donde el yanqui colonial
se cura del bochorno sorbiendo granizados
de brisa, en las terrazas del reparto,
— donde la policía desinfecta
el aguljón de los últimos mosquitos

que De Torre ha cometido al llamarle "fracasado", "de difusa influencia"... y provec-to". ¿Puede llamarse fracasado a un hombre que, despreciando la vanagloria del mundo, enfrentó con serenidad, mas no sin fuego, los problemas que hicieron tambalear a Kant, que convirtieron a Schopenhauer en un tristísimo filósofo de cabaret? ¿Puede llamarse fracasado a un hombre que en la madurez de su cuerpo y en la eternidad de su espíritu acaba de asignar a la Pasión una sublime categoría metafísica, en páginas dignas de figurar entre las mejores del idioma? ¿Puede llamarse fracasado a un hombre que en su edad "provec-ta" vive y trabaja con el optimismo de la primera juventud?

En lo que atañe a la "influencia difusa" que ejerce Macedonio sobre los escritores nuevos, yo pediría a De Torre que investigara a su alrededor: observaría entonces, que esa influencia es, a veces, algo más que influencia, y que alguno de nosotros se llamaría hijo espiritual de Macedonio, si estuviéramos en la edad en que los hijos honraban a sus padres.

La influencia de Macelonio Fernández no es difusa sino palpable; porque nos ha ofrecido ese ejemplo de honestidad, paciencia y alegría, ante el cual no sabemos si llorar de gratitud o reír de esperanza, en este claro amanecer de Buenos Aires que todos vivimos.

que zumban todavía en español.

No es Cuba — donde el mar es transparente
para que no se pierdan los despojos del Maine,
y un contratista revolucionario
tíñe de blanco el aire de la tarde,
abanicando con sonrisa veterana,
desde su mecedora, la fragancia
de los cocos y mangos aduaneros.

No: aquí la tierra triunfa y manda
— caldo de tiburones a sus pies;
y entre arrecifes, últimas cumbres de la Atlántida,
las esponjas de algas venenosas
manchan de billa verde que se torna violeta
los lejos donde el mar cuelga del aire.

Basta saber que nos guardan las espaldas:
la ciudad sólo abre hacia la costa
sus puertas de servicio.

En el aburridero de los muelles,
los mozos de cordel no son marítimos:
cargan en la bandeja del sombrero
un sol de campo adentro;
hombres color de hombre,
que el sudor emparienta con el asno
— y el equilibrio jarocho de los bustos,
al peso de las cívicas pistolas.

Herón Proal, con manos juntas y ojos bajos,
siembra la clerical cruzada de Inquilinos;
y las bandas de funcionarios en camisa
sujetan el desborde de sus panzas
con relumbrantes dentaduras de balas.

La sombra de los pájaros
danza sobre las plazas mal barridas.
Hay aletazos en las torres altas.

El mejor asesino del contorno,
visjo y altivo, cuenta una proeza.
Y un juchiteco, esclavo manumiso
del fardo en que descansa,
busca y recoge con el pie descalzo
el cigarro que el sueño de la siesta
le robó de la boca.

Los Capitanes, como han visto tanto,
disfrutan, sin habiarse,

los menurjes de menta, en los portales;
y todas las tormentas de las Islas Canarias;
y el Cabo Verde y sus faros de colores;
y la tinta china del Mar Amarillo;
y el Rojo entresoñado,
que el profeta Judío parte en dos con la vara;
y el Negro donde nadan
carabelas de cráneos de elefantes
que bombeaban el Diluvio con la trompa;
y el Mar de Azufre,
donde perdieron cabellera, ceja y barba;
y el de Azogue, que puso dientes de oro
a la tripulación de piratas malayos,
—reviven al olor del alcohol de azúcar,
y andan de mariposas prisioneras
bajo el azul quepi de tres galones,
mientras consume nubes de tifones
la pipa de cerezo.

La vecindad del mar queda abolida.
Gafido errante de cobres y cornetas
pasea en un tranvía.
Basta saber que nos guardan las espaldas.

(Atrás, una ventana inmensa y verde...)
El alcohol del sol pinta de azúcar
los terrones fundentes de las casas
(...por donde echarse a nado).

Miel de sudor, parentesco del asno; —
y hombres color de hombre
conciertan otras leyes,
en medio de las plazas donde vagan
las sombras de los pájaros.

Y sientes, a la altura de las sienes,
los ojos de las viudas de guerra.
Y yo te anuncio el ataque a los volcanes
de la gente que está de espaldas al mar:
cuando los comedores de insectos
ahuyentan las langostas con los pies,
—y entre la noche de las capitales,
se oirán venir pisadas de sandalias,
y el trueno de las flautas mexicanas.

PULSO prepara un homenaje al primer metafísico
argentino Macedonio Fernández •••••

Lisardo Zia

Reportaje Apócrifo a Arturo Capdevila

Taller de Poeta. Sobre las paredes, profusos retratos con explosivas dedicatorias, cortinas desteñidas, una panoplia. En medio de la habitación un escritorio de caoba, con diversos libros y herramientas de la profesión. Un manual Ollendorff para aprender alemán en 24 horas, entre La Divina Comedia y un tomito titulado "¿Quiere Vd. hacerse rico?" por O. S. Marden. Recado de escribir, papeles numerosas. En un extremo de la mesa, aisladamente orgulloso, un Diccionario de la Rima cuyas tapas manchadas y marcadas evidencian cotidiana utilización. Detrás de la mesa, un sillón colonial que soporta el peso de Don Arturo Capdevila. En frente, y de pie, el Cronista.

Había el Poeta:

—"Así es, amigo mío, y no tengo reparo en confesarlo. Mis comienzos literarios fueron como los de todo el mundo, terriblemente duros, penuriosos. Esos lúcidos momentos de la juventud en que uno se siente poeta supernumerario, en que se llega a la seguridad de que al poeta sólo le cabe la obra grande, o de lo contrario el rápido fallecer. Momentos en que uno se siente verdaderamente pequeño y más que pequeño, criminal, cuando el corte y confección de un poema significa, — conciencia para adentro — un verdadero infanticidio. Aunque nadie lo crea, yo también he tenido mis temores. Me sabía víctima de la sergrada Ley del Ripio, — sujeto a sus grilletes — y como todo prisionero soñaba con la libertad. Pero es tan fácil acostumbrarse a la esclavitud de las rimas falsas, de los lugares comunes, de la nadería! El triunfo — mi primer triunfo — en los Juegos Florales de Tucumán me dió noción de mi real valor. Comprendí que "mi" poesía pe-

saba en el gusto de los otros, de los jueces, del público, de los directores de grandes revistas. Esto, aunque el poema premiado no me inspirase fé. También soy del oficio y alcanzo a comprender la siempre mentada ridiculez de "alma con calma" y sé que fácil es acudir al arsenal de los adverbios terminados en "mente" para salir de un mal paso, y no ignoro de igual modo que no lo ignora usted, que la facilidad sorprendente de mi versificación es señal inequívoca de ausencia de toda poesía. Pero una flor natural ganada de mano a doscientos competidores le descompagina la austeridad al más austero. Ese triunfo floral, diseñó mi camino. Y comprendí que la gloria de los recitales y de los pesos, solo podía encontrarla en esa dirección. Entonces fueron "Jardines Solos", "Melpómene", "El Poema de Nenúfar" y mis subsiguientes y numerosos aportes a la horticultura poética. ¿Usted cree que escribí eso de

"Melpómene la musa
de la tragedia, viene..."

sin comprender toda la teatralidad de la frase, sin adivinar el golpe de efecto que magnifica ese verso en boca de la chica recitante que lo suelta en una reunión de señoras, en una fiesta de fin de año, en cualquier té con masas? Yo adiviné a esas muchachas de conservatorio que me nombran cerrando los ojos, y dicen, extendido el brazo y patinada la voz de dulces trémolos:

"Melpómene la musa
de la tragedia, viene..."

..Esa es la gloria. Vale decir, la gloria que se puede pretender aquí. Es perfectamente difícil encontrar una sola idea en toda mi obra de verso, pero es muy fácil llenar todo un programa de recital a base exclusiva de composiciones mías. ¿Y quiere usted más? Yo que llevo veinte años de

ortopedia poética no pretendo otra cosa. ¡Ah de los versos cojos!... Por salir de ellos, por pura fatiga manual, asalté otros órdenes literarios. Tengo cuentos, novelas, fábulas, tengo libros de sociología, de jurisprudencia, de viajes, de historia, tengo de todo lo humanamente escribible. ¡Hasta un libro sobre georgismo! Ya sabe Vd. que a mí el georgismo me importa un cuerno, y que la jurisprudencia la he desabrochado rudamente de mi chaleco mental! Pero ¿y las cátedras? ¿Con qué las justifico? Un libejo de esa especie produce sus buenos beneficios. He obtenido diversos premios municipales y nacionales, y los he obtenido con ellos, con tales libejos. Acepto que es una salvaje alevosidad disputar esos premios a los muchachos que necesitan un estímulo en sus comienzos, que con un premio pueden hacer su viajecito a Europa. Lo comprendo, pero la fama es dura! ¿Qué dirían en "La Prensa" si transcurriera un sólo año sin que yo obtuviese una sola recompensa nacional o municipal! Ya ve usted que no tengo más remedio que escribir, y presentarme, y que los muchachos no tienen más remedio que esperar. ¡Demasiado me jorobo yo con Zuviria! Zuviria ha sido mi competidor hasta en el teatro. Yo he escrito para el teatro, y eso es, en puridad, de lo último. ¿Cree Vd. que no veo la ridiculez de teatralizar a costa de las curvas de una fulana como "La Sulamita"? Yo lo veo, y veo no sólo la ridiculez, sino la falta de probidad artística que significa hacer y firmar una cosa así, y escucharla repetida en los labios de cuatro actores nacionales, siempre analfabetos, con trajes que han servido para cincuenta Aidas, entre los despintados cartones de un teatracho cualquiera!... ¡Qué impureza! Y sin embargo es

Raúl Scalabrini Ortiz

Del Hombre de Esmeralda y Corrientes a Gerardo Diego

Como es tan económica la reunión y tan ligero el sustento que en ella le ofrecerán los amigos de PULSO, hasta los personajes que carecemos de existencia real podremos concurrir sin temor de materializarnos. Grande gozo hubiera sido para mí brindar en su honor un vaso de ese vino que es espirituoso y gratuito mientras no se bebe; pero la inmovilidad a que me ha condenado mi creador y guardián, restringe mi adhesión a este abrazo sin más movimiento que el de un alma que se despliega en la afectuosa escritura de una página. Espero, en cambio, que suplan mi ausencia ventajosamente mis colegas Ingrávidos que comparten mi esperanza de vivir algún día, el donoso y esquivo caballero Deunamor, el prometedor Recienvenido, que nunca llega, los fantásticos e innominados amigos que habitan el cerebro de Xul Solar, y también alguno que otro personaje extranjero a este mundo de cordialidad, antes que se muevan en la vida y no son más que la sombra de una subalterna ambición que trepa, bamba-

linas pintorescas de un cerebro que se olvidó de ser. (1)

Gerardo Diego: Yo ví la planta de su pie destrozarse la cáscara de momentos cuya inseguridad hubiera disculpado el equilibrio gracioso de un danzarín. Recuerdo la serenidad geográfica con que midió la pretensión traslaticia de un meridiano. Serenidad que un ataque violento y posterior valorizó al mostrar que sus palabras no brotaron en cobardía sino en impavidez de verdadero valor. Tampoco olvido el despalante con que detuvo la arrogancia de la más grande empresa editorial española, ni su postrero desdén vesical a la Academia. Por eso, Gerardo Diego, por que posee la generosidad, la sencillez, el coraje, el desinterés y el recato adecuado, he decidido otorgarle el más alto título a que pueda aspirar un hombre, y le designo CIUDADANO PORTEÑO HONORIS CAUSA.

Che, Gerardo, ahora sos un hermano.

(1) Alusión a Guillermo de Torre.

forzoso, forzoso. Es necesario que mi nombre circule, que lo comenten las gacetillas, que el público de cándidas mamás se estremezca ante los arresos genitales del viejo Salomón. El fin justifica los medios, y para mi fin, para la poligráfica publicidad de mi nombre, no hay medio que resulte inconveniente.

Tengo 39 años y cerca de 30 libros sobre mis espaldas. Es decir, me he permitido el lujo que sólo se consiente a los genios. Yo sé que la obra del artista verdadero, debe ser esencialmente cualitativa, y por ello comprendo y envidio la actitud de un escritor que en su afán de estudio y de depuración, deja transcurrir un año, o si usted quiere, tres, sin publicar una sola línea. Hace un rato he leído este número de PULSO que usted ve aquí, y su lectura me ha producido admiración por esos muchachos que trabajan honestamente, con tenacidad, con fervor, des-

preocupados de las colaboraciones en los grandes diarios, sin hacer concesiones a la baratura predominante, sin elogiar a los próceres, sin vender sus plumas. Los admiro y los envidio, ¡pero hay que ser farolero o reventar! Mi caso, — sin compostura — es el caso de las mujeres fáciles. Todas las fáciles han sido difícilísimas, y la primera caída, la contemplación a posteriori de ese pañuelito en el que quedan algunas gotas de sangre, cuántos llantos, cuántos ahogos les costó! Pero después de la primera vez, con llanto o sin él, siguen cayendo. En la vida literaria, —en mi misma vida— la primera concesión, la primera sarta de ripios, el primer elogio al mediocre encumbreado ¡cómo nos remuerden! Hasta que nos acostumbramos a los beneficios materiales que ello nos produce, la genuflexión se torna nuestra postura habitual y el "pompiérismo"—per-

done usted el vocablo pseudo-galónos conquista para siempre.

En fin, y para terminar, sepa usted de una vez por todas que el Capdevila que le habla ahora, no es el m'embro de juntas ni de academias, ni el premiado de juegos florales, ni el ganador de concursos en dinero efectivo, ni el poeta autor de 30 libros, ni el jurisconsulto, ni el georgista! El que le habla ahora es un hombre en quien se identifica una causa de dramaticidad pirandelliana. Un escritor en quien la máscara ha sido substituido definitivamente al rostro, y lleva dentro de sí la tragedia de haber sido por sí mismo todo aquello que por sí mismo pretendió no ser! El disfraz se ha hecho carne, y a veces, como ahora, desde los últimos límites del yo, sale esta voz que ya no puede ser mi propia voz, la voz que nadie me adjudicaría. A veces, como ahora, quisiera... Pero ya es tarde, y por eso..."

Manuel Rodeyro

MADEJAS

1

PREÁMBULO

Fabrican la luna, el agua,
un invierno de cuajadas.
Los almendros giran altos,
pero los tocan las manos.
Roces de aéreas tangentes
en lo curvo de las sienes.
Cartel de letras ocultas:
Se vende hielo en la luna.

2

CIELO

Lo cóncavo está vacío.
¿Volumen? ¿Color? ¿Sonido?
Lo convexo de esta niña
carne lejana y huldiza.
El sol, agujas pintadas,
sabrán de estas cosas aitas.
Dios mira los cielos combos
—Ay, de los hombres celosos—
En el buzón de una esquina
se echa un papel de tranvía.
El cielo sobre los techos
aito, nuevo, solo, eterno.

3

AGUA

Arco iris de sonidos
el agua pliega sus filos.
Los oídos en el viento,
la carne en granos de miedo.
El aire está de chasquidos,
el agua de puntos fríos.
Los muslos resbalan tiesos,
torpes se ciñen los dedos.
El adjetivo del agua:
¿Sonora? ¿lúcida? ¿casta?
Linternas de las rodillas,
ojos de rosas del día.
Choque de líquido y naiga:
una ríea resbalada.
El aire de la alegría
moja su nada en la orilla.

Ilka Krupkin

El Hombre que Perdió el Sueño

Yo estaba sentado en la punta de un banco del parque: no apartaba la vista de tus balcones. La mañana era espléndida y los pregonadores gritaban con mayor claridad y alegría que de costumbre. Toda esa grito se estrellaba contra las paredes del poliedro que formó mi punto de vista. La base partía desde mis ojos, con la extensión que hay entre ellos; sus caras se prolongaban en dirección a tu casa, ensanchándose en el camino y formando vértices al chocar contra dos árboles, para volver a comprimirse a medida que se aproximaban a tu puerta, donde estaba la otra base. Fué cuando uno de los pregoneros hizo sonar el timbre y acudió tu criada. Tomó las vituallas, pero antes de que se retirara, yo formé pantalla con mis manos y mi vista recorrió todo el trayecto del poliedro, para imprimirse en los ojos, en la frente, en el cabello, en el vestido de ella y en las provisiones que llevaba. Luego, allá, donde los muros impedían mayor trayectoria a mi poliedro, tus ojos sintieron el efecto de los míos y te estremeciste de alegría ante mi aviso. Instantes después, aparecías. Reventó el poliedro porque tu hermosura abarcaba mayor volumen y tuve que ocultar mi rostro con un diario, para que el guardián del parque no advirtiera mi emoción. Porque estabas deliciosa como nunca y vestías con tu singular donosura. Esa cita clandestina nos emocionaba; cuando me aproximé a tí, tus mejillas estaban ligeramente sonrosadas y en tus la-

bios se notaba un leve temblor. Pero al contacto de nuestras manos, reaccionamos. Desbordaba en tí el optimismo y me hablabas de una vida entusiasta. Caminamos veinte, treinta, cuarenta, cincuenta cuerdas. Te dejaba hablar, porque, mientras, yo me deleitaba con los incontables tonos que adquirían tus cabellos junto a la nuca, al ser irisados por el sol, y con la contemplación de tu delicioso busto. Me dijiste, frente a un edificio, que gustabas de su arquitectura, y yo sentí orgullo de tu talento. Cuando nos despedimos, quedé estacionado en una esquina, desde la cual dominaba el camino que lleva a tu casa. Volviste repetidas veces la cabeza para mirarme y en cada una de esas ocasiones, hacíase bruscamente y por breves instantes la noche. Yo daba, entonces, un violento salto, me elevaba por sobre los árboles y al encontrarme con las cúpulas, mis pies golpeaban con fuerza contra ellas, tomando impulso para que mi cuerpo, proyectado hacia la altura, llegase pronto hasta tí. Sin descender, desde el espacio, te besaba en los cabellos, furtivamente, porque la luz volvía de improviso. De regreso a mi casa, descargaba mis puños bruscamente sobre los muros de los edificios. Los cimientos retumbaban como sacudidos por una amenaza de temblor, y al ver desplomarse toda esa masa de piedra y de hierro, le oponía mi pecho y mis hombros, sobrehumanos de fortaleza.

Nicolás Olivari

VARIETE

Hay un macho grueso que compara
las nalgas extenuadas de su consorte
con las ancas mejores
de una rubia, magnífica como una reina de Saba
entre basuras

El hombre arrastra al fin a la muchacha
por el corredor de la desesperanza.
Y ella, tendida, vista en perspectiva,
mientras la lámina de mica la retrata,
muestra su boca,
triangulada boca que escorza al operador
con su misterio de sexo.

Son alemanes,
tienen una sensualidad de trufa hedionda
y en sus almas se insume la lobrete de un salchichón.

Tiemblo ante ese drama agarrándolo mío,
ensartándolo en el alma,
espumándolo en el cerebro como el troncho de una col...
y sueño...

Lya de Putti desnuda,
Lya de Putti prostituta,
con los labios pintados con caviar
y ojeras al Borgoña,
entregada a la platea,
rugiente coliseo de empleados de comercio
y tenderos barrigudos.
para que mañana la Empresa recoja sus despojos
y ponga un cartelito de hallazgo en la boletería.

Pero sé que mimando ese drama,
—fugaz talco en una sábana cagada por las moscas—
esta mujer estupenda,
casi porteña en el dintel de sus senos altos,
gana una punta de dólares
y no es como las obreras que trabajan en los días del menstuo,
y entonces corto la cinta
con la raya de mi escupida
que como siempre se lleva el chocolatinero de propina.

Mercado de Ideas

1

Diez párrafos sobre el neologismo "berretín"

Toda ciudad tiene un espíritu — una característica predominante que la define singularizándola — y una expresión que lo gramaticaliza. Buenos Aires, ciudad arremansada, perdona el tener inquietudes, el perseverar en un propósito y el sentir hondamente, si se visten de indiferencia tales apasionamientos. Buenos Aires no es hostil a la inquietud, ni a la perseverancia ni a las pasiones absolutistas; es, sí, enemiga de la pasión que se exhibe, de la perseverancia con alarde, de la inquietud con melena y chambergo desusados. Buenos Aires exige la trivialidad en público: no perdona la tesura de afectación, ni la intransigencia candorosa; y, como no sabe odiar las ridiculiza: Este es su espíritu. Y su palabra es ésta: "berretín".

"Berretín" — abstracción concretada en el sustantivo "emberretinado" y movida por el verbo "emberretinar" o "emberretinarse" — es un despectivo cordial, una calificación irónica, aplicable a quienes se empeñan en mantener inflexible su personalidad; a quienes se rehusan a vivir el prestigio que tiene por objeto engañar, al amigo o al simple camarada, con la simulación de que subordinamos a la suya nuestra existencia.

Formalmente, "berretín" es el fruto de un empujamiento: nació de la frase "tener un berretín" o "tener berretín", en las cuales es completativa la función del verbo, carácter que motivó su desprecio cuando la expresión se palabrizó.

Movidos a reconstruir el origen combinando suposiciones, de la representativa dicción que nos ocupa, en el rompecabezas sin modelo se formó, de pronto, una conjetura tan verosímil, tan de acuerdo con el significado de la palabra, que no vacilamos en tenerla por su génesis incuestionable. En nuestra pesquisa, como se vé, nos orientó la brújula tradicional de los investigadores, la taimada brújula: el entusiasmo.

El método seguido en la investigación fué, como verá el lector, rigurosamente científico también: Determinada la índole esencial de la palabra "berretín" en la frase originarla, razonamos: "berretín", diminutivo de "birrete", por acriollamiento de la voz italiana "berrettino", preferida a la española "berretina" porque suena a ridículo, por ignorancia del vocablo o porque su género se opone al del término generador.

Establecido que "berretín" es el diminutivo porteño de "birrete", la imaginación encargóse del resto, como suele ocurrir en las inculcaciones empingorotadas, al evocar en nosotros la figura de un alto sacerdote, verbigracia un cardenal, tocado de "birrete diminuto" o sea de "berretín", prenda estridente en el conjunto, por su desproporción y su extemporaneidad.

Tanto en los cuadros, realidad para la galería, como en su actuación pública, realidad para el cuadro, el hombre tocado de birrete supónese en el deber de justificar ese adminículo y adopta un exterior grave, que parece decir a quien le mira: "Advertís qué de mí depende el voltear de nuestro planeta?"

Merced a su aguzado espíritu natural de observación; alguien del pueblo advirtió, probablemente, la semejanza expresiva que emparenta al hombre tocado de "berretín", con el extranjero del mundo en fuerza de solidario consigo mismo; y, apilando la pata al todo, frente a una persona que transparentaba, por candidez o por afectación, su característica predominante, se dijo primero y dijo después: "También este tiene "berretín".

Y así Buenos Aires, ciudad arremansada, se burla cordialmente de lo que es solemnidad para la galería y candor...

¿Candor de qué? Si no hay otro recurso que emplear el neologismo: "Candor de emberretinado".

Antonio F. Ardissono

2

Valoración del cine

ALRAUNE

Brigitte Helm se llama esta mujer, que en esta cinta es única actora. Los que la secundan casi no se ven, amortiguados por el reflejo de esta estrella de níquel. Mujer de aluminio caliente, poética y vibrátil como las antenas calenturientas de las mimosas púdicas. Tiene algo de mineral o de animal, pero de animal marino o de piedra animada y frígida como una gran esponja sumergida o un crecimiento de corales veamos a tres mil pies del nivel del mar. Mujer-pep de acuario, tan impasible como sus muchas joyas. Sus besos han de ser gélidos y húmedos o viscosos. Alma de ge-

latina con extraña retractabilidad en las pupilas metálicas. Los grandes directores alemanes han de haber macerado a esta artista, en una infusión de celuloide. Es el polo opuesto de la carne ramera de Lya de Putti, su compatriota, comprada al peso por el oro de Hollywood.

Por eso toda esta cinta está equivocada. Presentan a la Heim como mujer, como hembra, inspiradora de pasiones turbias o seniles. ¡Y nada más lejos de la realidad!

No. Con esta Brigitte Helm, mujer de níquel, de plata o de aluminio, no hay que ensayar la pasión. Desgraciadamente el recuerdo de "Varieté" está muy cercano en los grandes directores alemanes para poder librarse de su lastra inspirador.

Pero en "Varieté" se hizo un drama de lujuria, con un hombre lujurioso y genial — el único capaz de todos los papeles — Emil Jannings y con una buena muchacha cargada de carnes y con los senos henchidos como una ama de cría. Pero con este camaleón helado que es la Helm no puede repetirse la prueba. Es grotesco y absurdo. Ahí está "Alraune" que lo dice.

No. Es necesario construir un sueño neurótico para escenificar bien a la mujer de aluminio. Hay que hacerle una obra fantástica, muy de vanguardia. ¡Si nos dejaran a nosotros!

La llamaríamos "La Campana sumergida". Título y música de Debussy. Y tomaríamos este argumento. Un submarino alemán hundido en la gran guerra. Sus tripulantes viven aún, en el fondo del mar. Pero del mar que todavía no dió su secreto a la ciencia, más sí a nuestra divagación, y por infringir el rito que enseñan los extraños monstruos marinos, los peces monstruosos y rudimentarios sin ojos y casi sin forma, el capitán y su amante acuática deberán morir. Pero la criatura de agua sucumbirá, trocándose en un alga derivante, la cual, símbolo de amor sobrehumano y misterioso, crecerá en el cuerpo eternamente intacto de su amante, nutriéndose de su corazón.

EL CIRCO

Charles Spencer Chaplin presenta su nueva película: "El Circo". Es la película de su desgano, de su infortunio conyugal. Sabido es que durante su filmación su segunda mujer inició juicio de divorcio. El genial artista triste, intentó olvidar en la payasada la airosa discusión de dólar más o menos de la pensión alimenticia. Por eso falta en esta película esa divina despreocupación que quizás es la base de su facultad reidera. Hace reír, pero no mucho, en "El Circo", este Carlitos que no es el bufón de "Vida de perro" ni el hombre dulce y doliente de "La Quimera del Oro".

Claro está que aún así, a pesar de ese desdibujamiento del humor chaplinesco que puede observarse en el lento y casi penoso desarrollo de la comicidad de esta cinta, hay detalles evidentes del gran sentido rítmico que del film posee el hombrecito entrecano ya y taciturno siempre. Creemos que estorba en la película

la doble condición de intérprete y de director que Carlitos tiene. A veces, en un gesto, en un acto, en una escena, aquella divina despreocupación que hizo inmortal el nombre de Keystone, aparece. Pero inmediatamente el director controla al actor. Parece que juzgara el efecto y Carlitos ya no es Carlitos. Es una entidad híbrida, mezcla incompatible de director y actor que nos hace preguntar angustiados si en esto comienza su decadencia.

Mucho amamos al bufo triste, pálido y débil y por ello mucho nos duele nuestro interrogante.

Por eso preferimos no hablar más de "El Circo". Nuestra crítica, apasionada como nuestra poesía y nuestra vida, nos llevaría a una incorrección de lenguaje si juzgáramos intelectualmente la última producción de Chaplin. Y hablaríamos de pobreza. Pero no somos tan ingratos y callamos, y cerramos esta crónica, sin entrar a comentar esa pobreza en quien, tantas veces, ¡y por ello sea bendito!, nos emulsionó la risa hasta las lágrimas, desennmoheciéndonos ese aburrimiento que llevamos por la vida y en la piel, como una costra de angustia.

Nicolás Olivari

3

El arte por dentro

Existe una predilección moderna que exige el análisis del arte en su génesis o del arte por dentro. Hay una inquisición profunda, tal vez, que quiere llegar al gozne preciso sobre el cual gira esta "calesita" suntuosa. Lo cierto es que se ha buscado una puerta falsa — ¡la puerta de la servidumbre? — para penetrar al recinto de la fatigada sorpresa del arte. Más que la piroeta del saltimbanqui, viene a inquietarnos la mentira manifiesta del trampolín. No me atrevo a afirmar que sea consecuencia de un cansancio en la creación de realidades estéticas. Tal vez no sea más que la ociosa curiosidad del jugador solitario. Es un instante de fatiga, un capricho perezoso o una inquietud veraz. Cuando Pirandello vuelve los principios del teatro y, más exactamente, vuelve el escenario para mostrarnos la realidad pueril de los bastidores, ofrece una medida de esa curiosidad actual. Viene el artista a conceder personería ejecutiva al espectador, llega casi a asumir la voz preguntona de éste, que ahora exige la realidad primaria del arte, la inconfesable realidad que es base de la farsa. Cezanne había escuchado, antes que ninguno otro, la premiosa solicitud de ese espectador anónimo. Fué la primera obra de arte, grandio-

sa, que el espectador lograba por derecho propio. Fué la primera vez que el artista se proclamó único fin de su obra. Era el nacimiento de una sinceridad de nuevo cuño.

Roberto A. Ortelli

4

El lector a g e n o

Si el mero accidente de proponer en venta no nos comprometiera tanto, yo llegaría hasta la insinuación de un parecer a precios irrisorios. Pero confieso que he de encontrarme más a gusto en esa zona en que se es a veces parte reservada y otras maliciosa. Convento de que es hermoso el espectáculo. Y hasta acompañarla al camarada con el instinto sobre una pirámide para que desbaratara la economía de los siglos entre el tornasol de las palabras. Encuentro que esta labor es útil y hasta entretenida; pero se me ocurre en este instante decir al espectador camarada: no es lo que el escaparate muestra lo que hoy se fía, sino la atención del leyente que nunca nos pertenece, la que se propone como regalo. Y queda contraído el trato y a la espera de las voces...

Ricardo E. Molinari

5

Tres estados místicos

Invitado para la tarde que se va desfalcando en ocaso; con un consentimiento que es codicia de sosiego, consulto el mundo.

No entiendo topar ahí ganancia, ni siquiera una palabra fiada. Es mejor que ejercitarme en remedar lirismos.

La tarde es una presunción del mí mismo acreditado en intuición del mundo. Me olvido de mis blasones librescos. Me olvido de lo que entendí y de lo que en mí desfalleció.

Me siento un recién nacido en lograr lo natural del mundo. Ya no planteo querellas por achacármela de pensante. Ni juego a los decires donosos por no redundar en una ciencia falsa.

Y no me estorba la visión de mi muerte.

Destituyo todo lo sabido, y existo en una sospecha del árbol que advierte su jornada, en el premio del cielo, en el silencio y grandeza de Dios.

La noche alega su eminencia, y en el secreto desembarazado de precio, de oportunidad, de testimonio, me extiende y tiro de Dios.

Pero aún soy yo, aún me anuncio mudable y solo, aún presumo conmigo mismo, y Dios no se siente autorizado para merecerlo.

Ya casi no doy vuelta, ya casi me voy rodeando de un pensar que se piensa y que se realiza como pensamiento solo.

Me voy como despegando de las cosas, quizá para hacerlas más, o más más, en la obstinación y reducción de un momento que presiento. Me voy como desembarazando de vicios y desarmando de peligros, en esta ansia de tratarme yo solo, de oírme y de persuadirme yo solo. No es que asista al surgimiento de mí buen talle, ni que precise asistirme como mi único médico, ni que me desnude ante mí mismo para envolverme en el logro de mi propio hallazgo.

No me interesa el aplauso o la reconvención de mí mismo; ni el aliño, ni el hospedaje, ni las insignias impías de ser protector o compañero de mí mismo, ni las novedades que retraigan las dudas de mí propio devenir.

¿Y entonces, por qué esta jurisdicción introspectiva? ¿Por qué este no atribuirme descanso, este necesitar-me día a día?

Mi vida: No es su jaula, ni el ánimo malhumorado o satisfecho, como tampoco las posibilidades que se irán desmoronando, jornada tras novedad. Mi vida, así llanamente. No buscan mis hojas el hallarme, buscan el vivirme. No me importa la fortuna que designen los astros, ni la calificación de mi conducta que finjan los hombres: Me importa vivir.

¿Y por qué ese contemplarme?

Hoy no son tiempos de derrame vital, cuando la aventura y la hazaña reverenciaban cada palmo de tierra. Hoy es aventura y providencia hazañosa asomarse a uno mismo, y asistir al negocio de su propia acción. Y hallar vocablos, heridos de verismo, que avasallen la prisión que es tragedia de ese vivir.

La noche se me convierte en un gesto vaniloquente y desesperado. Hay un desmentir lisonjas. Hay una enorme esperanza de obligar al llanto a un hombre y abandonarlo luego, solo y con el cerebro acostado en las estrellas, para que repte por lo corpúento y lo benemérito de la noche, en busca de pensamientos lascivos.

Una estrella, llena de deseos y de alieyas, se desmaya a fuer de cosquillas. Y nadie solicita su dishonra.

Las trotamundos van dando buenas noches, como quien reparte respuestas. Un galancete, con esencia de

bodegones, quiere jugar de manos, y sólo atrapa ejemplar de insuficiencia.

—Alguien, quizá ese alguien sea yo, arrebatado de vino y de tratantas, en una plaza donde se agranda el martirio de la noche, que es una sola alcoba, sin otra habia que la acuciadora de las estrellas, y la soledad, y los yiros en garfio, aguarda la hazaña y el milagro de acompañar a Dios en su fabricación del mundo.

Es de gente bárbara introducir palabras ante el espacio que se va achicando, como en concentración mística, para lograr la fabricación de las cosas. El Verbo fué un Imperativo de obra: Un abreviar la crianza del cosmos, para convertirlo en arte de magia y no de entendimiento. Por ello desde el claustro hubo una sola oración, que engendró la luz y toda noticia del mundo.

Y yo también voy despertando las luces, a mi sola y única voz. Y el milagro, nó la parlara ciencia, que es querida de los cobardes, ni la juglería entretenida, sino el milagro mismo de un cielo que destituye estrellas, y se disfigura en una virtud blancuzca y cismática, me convence de haber suplido a Dios.

Y siento mi hombre desfigurado ante una plegaria que se le engendra como la vergüenza lo colorado del rostro, espontáneamente, sin que interceda el cuerpo o la conciencia. Y me siento multiplicado con cada vocablo, abstinentemente de mí mismo, con grandeza que disimula la ceniza y el esqueleto y el polvo. Y ya no me creo artífice del mundo, pues ha contado también esta providencia con el hoy que fué mi creación.

6

Los poetas recientes

Las páginas de PULSO dan hoy la alternativa a un muchacho de Córdoba: Manuel Rodeyro. Y la dará en su próximo número a un muchacho de Buenos Aires: Miguel Alfredo D'Elia. Es ésta una de las gestiones más importantes que cabe realizar a una revista: la promoción de los más jóvenes, de los que, ya sin pertenecer a nuestra generación, vienen inmediatamente tras de nosotros, trayendo, acaso, en sus voces, el acento de una nueva verdad.

Manuel Rodeyro es, pues, cordobés, o sea que su responsabilidad es doble. Está en la obligación de compensar a su tierra de estas sus dos grandes calamidades literarias: Lugones y Capdevila. Su voz es todavía balbuceante, pero estamos ciertos de que en sus silencios, es decir en los espacios entre verso y verso, está hinchándose la propia y madura expresión, como en el buche del jilguero el canto joven. Rodeyro tiene, naturalmente, la edad del comienzo: veinte años.

Erwin F. Rubens

LA DIRECCIÓN

para su próximo libro
no deje de consultarnos

sociedad de publicaciones el inca
cuenta con personal verdaderamente
especializado en libros y revistas
mexico 1416 38, mayo 3461 buenos aires

Pulso, Revista del Arte de Ahora. Director: Alberto Hidalgo

hasta el límite justo de la cadena holgada,
 me parecen aquellos, los ya viejos, medidos
 que nos ciñen el pecho sin la cinta del sastre.
 Vedme aquí respirando los mismos Aires Buenos
 que me sabía de memoria,
 que entraron y salieron por dentro de nosotros
 a cumplir el destino marea de las cosas.
 Yo miré el mapa y dije: Allá qué azul tan lindo
 y qué luz de gris plata en ese río abierto,
 esa herida sin límites que le sangra agua dulce.
 Diez y seis singladuras, diez y seis banderitas
 y por fin en el mástil más alto, en el que nace
 súbito, gentilísimo, raíz de corazón,
 el mismo azul y blanco del atlas de mis viajes,
 vuestra bandera, amigos, cebijando mi sueño.
 Qué bien, dulce, stacatto, el llamado del pecho
 en un compás preciso, fidelísimo, límpido,
 se me ha acordado al cuatro por cuatro de los tangos
 y es ya su pulso rítmico—tic-tic-tic—y exacto
 alumno infatigable de vuestros puros números.
 Perdonadme si aún os digo melodías.
 Pero el instinto es ritmo y está ya con vosotros.
 Amigos, auscultadme y veréis que no miento.

Gerardo Diego

Bs. As., 2 de agosto de 1928.

PULSO

REVISTA DEL ARTE DE AHORA

Director: Alberto Hidalgo

Nº. 2

AGOSTO 1928

BUENOS AIRES

Redacción, Administración y Talleres:

—Sociedad de Publicaciones El Inca—

MEXICO 1416

Buenos Aires - U. T. Mayo (38) 3461

Precio del Nº. 20 centavos

NO SE ADMITEN
SUSCRIPCIONES

La Librería "Hispano Argentina"

cuenta con:

de los mejores autores que se venden sin excepción a

a **m\$_n 0.40** la peseta

Novedades por todos los correos

Encuadernamos libros en 1/2 tela desde \$ 1.— el tomo

C. P. Perlado y Cía.

EDITORES

RIVADAVIA 1731

U. T. 38-0724, Mayo

BUENOS AIRES

Una Montaña de Libros

Casa en Madrid: BORDADORES 9



ARAQUISTAIN

LOS MISTERIOS DE LA POLITICA VANQUI en Cuba, Puerto Rico y Haiti, son revelados sensacionalmente en

"La Agonía Antillana"

LA POLITICA VANQUI EN EL MAR CARIBE"

UN LIBRO PROHIBIDO

en Cuba y agotado en los demás países

EN PRENSA, LA 2a. EDICION

\$ m/n. 2.50

He aquí los libros mas interesantes

Alvarez del Vayo

¿Una Novela?
¿Un Reportaje?

Los lectores calificarán

"La Senda Roja"

como un LIBRO HISTORICO de supremo INTERES NOVELESCO que condensa los episodios más dramáticos de las

Revoluciones Rusa y Alemana

A PUNTO DE AGOTARSE

Apresúrese. Vá. a adquirirlo

\$ m/n. 2.50

ANTIGUA CASA CALPE

SUIPACHA 585 BUENOS AIRES

Concesionario:
JULIAN URGOITI

KEYSERLING

UNA REVOLUCION EN LOS ESPIRITUS

DIRIGIDA AL LIBRO FUNDAMENTAL DEL FAMOSO FILOSOFO ALEMAN

"Diario de viaje de un Filósofo"

La obra europea de más extensa resonancia MEDIO MILLON DE EJEMPLARES en sus ediciones inglesa y alemana

Acaba de aparecer el volumen I

\$ 6.50

entre las últimas publicaciones españolas

JULIO CAMBA

"Sobre Casi Todo"
"Sobre Casi Nada"

Forman una ENCICLOPEDIA de los ASPECTOS HUMORISTICOS del MUNDO CONTEMPORANEO

2 libros regocijantes y amabilísimos del MEJOR HUMORISTA ESPAÑOL

Acaban de ponerse a la venta con un éxito extraordinario

c/u. \$ m/n. 2.50